

Casi un mes antes, el 11 de agosto, en Washington, en el Consejo Nacional de Seguridad, el jefe de la CIA, John McCone, informa que Leopoldville está en peligro de caer en manos de los insurrectos, y expone la negativa de Bruselas a utilizar sus tropas. Otras gestiones norteamericanas con sus aliados europeos y africanos para el envío de fuerzas también fracasan.

Ante esta situación, el presidente Johnson decide utilizar los mercenarios blancos. Se les llama, eufemísticamente, «voluntarios especiales».

Tshombe, que siempre ha sido un entusiasta empleador de los «perros de la guerra», Mobutu y Kasavubu, aceptan de buen grado la solución yanqui como la única tabla de salvación.

Los Estados Unidos proporcionan el dinero, organizan a toda velocidad el reclutamiento de los «soldados de fortuna» en Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Sudáfrica, Rhodesia, incluyendo los tristemente célebres Mike Hoare, Bob Denard y John Peters. Sólo hay una restricción, que muestra la hipocresía característica de la política de la Casa Blanca: no se puede reclutar como mercenario a ningún ciudadano norteamericano.

Washington asegura en sus C-130 con pilotos yanquis la transportación de personal, armas y demás suministros para los mercenarios, la gendarmería katanguesa y el ejército de Mobutu, y también les proporciona aviones B-26 y T-28, tripulados por cubanos contrarrevolucionarios reclutados en Miami.

En breve, la CIA y el Pentágono toman en sus manos el aplastamiento de la rebelión congoleesa. El coronel Dudds es el «oficial logístico» norteamericano en el estado mayor de Mobutu.

En la nueva etapa de la contienda, con total apoyo y bajo la dirección yanqui, ya a fines de agosto se inicia la «Operación Ommegang»: las tropas gubernamentales dirigidas por los «perros de la guerra», recapturan Kivu, y una semana más tarde Albertville; en septiembre, Boende y Lisala, y en octubre Uvira y Kindu. Para esa fecha, más de mil mercenarios blancos ejercen el mando directo de la gendarmería katanguesa y otras tropas mobutistas y operan la aviación de guerra.

Pero en las ciudades de Stanleyville y Paulis hay gran cantidad de rehenes blancos. Los gobiernos estadounidense y belga deciden usar sus propias fuerzas. El primero proporciona los aviones piloteados por yanquis y mercenarios cubanos, y el segundo los paracaidistas de élite. El pretexto es el de siempre: salvar a los rehenes blancos.

La «Operación Dragón Rojo» se realiza entre el 24 y el 27 de noviembre. En la brutal acción «humanitaria» mueren unos doscientos de los rehenes extranjeros; el resto, una cifra algo mayor, es evacuado. Los paracaidistas y la infantería de los mercenarios de Hoare y sus gendarmes dan muerte, sólo el primer día, a más de diez mil congoleeses. En los días subsiguientes, la cifra de muertos asciende a treinta mil. Las mismas fuerzas actúan en Paulis, con no menos crueldad.

A partir de este momento, las fuerzas rebeldes se batan en retirada y las divisiones entre los grupos dirigentes se agudizan. El diferendo entre Gbenye y Soumialot termina con la creación del Consejo Supremo de la Revolución, cuya presidencia asume este último. En cuanto a Gbenye, quien mantenía contactos secretos con el Gobierno belga y la CIA, se refugia en países vecinos.

Mulele, que no cuenta con ayuda exterior, mantiene la lucha en el Kuito, pero los mercenarios, que no creen como los soldados mobutistas en poder mágico alguno, liquidan con sus armas y el bombardeo y ametrallamiento de su aviación, las concentraciones de combatientes. Mientras, la infantería de Mobutu ocupa y arrasa las aldeas y sembrados, priva a la guerrilla del apoyo de la población. El año 1965 es el del desarrollo exitoso de la contraofensiva del Gobierno pronorteamericano y mercenario de Leopoldville.

Dos pilares africanos en el apoyo a los patriotas congoleños, Ben Bella en Argelia y, meses más tarde, Nkrumah en Ghana, son depuestos por sendos pronunciamientos militares. En Rhodesia del Sur (hoy Zimbabue) asume el poder el racista Ian Smith, desconoce a Londres y declara la independencia unilateral con un Gobierno de la minoría blanca asociado a Sudáfrica. La supremacía imperialista se extiende en el continente.

Entretanto, Tshombe ha venido ganando terreno en sus ambiciones políticas, reuniendo en una coalición (CONACO) a cuarenta y nueve partidos, todos los existentes, salvo el Abako de Kasavubu y, desde luego, los lumumbistas revolucionarios. Con esa fuerza, en la mascarada electoral de 1965 logra amplia mayoría en ambas cámaras.

Kasavubu, por su parte, sigue siendo Jefe de Estado, pues en la Ley Fundamental —que redactaron contra reloj los juristas belgas en treinta y seis horas de arduo trabajo— no se fijó término a este cargo, como si fuera vitalicio, igual que el de un monarca.

En nombre de ese poder, Kasavubu decreta el 13 de octubre el fin del «mandato transitorio del Gobierno de Tshombe». Encarga formar gobierno al también katangués Evaristo Kimba. Pero el Parlamento rechaza, en noviembre 14, el Gobierno formado por éste, quien de nuevo debe integrar otro Gabinete para una segunda presentación al Legislativo.

Diez días dura esta nueva crisis palaciega. El 25 de noviembre de 1965, Mobutu saca las tropas a la calle, destituye a Kasavubu (a quien no le perdona que inconsultamente se comprometió en Accra a licenciar a los mercenarios) y se proclama Presidente del Congo, con el general Mulamba como jefe de Gobierno, mandatos que fija para los próximos cinco años.

Tshombe se exilia nuevamente en la España franquista y por último muere en cautiverio en Argelia. Kasavubu es confinado en un paraje cerca